

# MITOLOGIA Y MUSICA POPULAR VASCA

Angel Goicoetxea Marcaida

---

Cuadernos de Sección. Antropología - Etnografía 8. (1991), p. 67-75  
ISSN 0212-3207  
San Sebastián: Eusko Ikaskuntza

*Partiendo del hecho que tanto la mitología como la música popular constituyen dos aspectos importantes de la antropología cultural, se trata de exponer la estrecha vinculación existente entre ambas manifestaciones culturales, así como su relación con los hallazgos prehistóricos, los rituales agrarios, la medicina popular, las ceremonias religiosas, los ritos anuales de paso, las danzas y otros elementos integrantes de la cultura tradicional del pueblo vasco.*

*Mitologia eta herri musika kultur antropologiaren alderdi garrantzitsuak direla abiapuntu eginik, bi kultur manifestazio horien arteko erlazio estua azaldu nahi dugu, hala nola aurkikunde prehistoriko, nekazal erro, herri medikuntza, erlijio zeremonia, urteoroko pauso-errito, dantza eta euskal herriaren kultur tradizionaleko beste elementu osagarrirekiko harremanak.*

*Considering the fact that both mythology and folk music are important aspects of the cultural anthropology, the object is to establish the close link that exists between these two ways of cultural expression, as well as the relation it bears to prehistoric findings, agrarian rituals, religious ceremonies, the annual passage rites, dances and other elements that make up the traditional culture of the Basque People.*

Aunque hablo aquí de música popular vasca, incluyo bajo este título tanto la canción como la danza puesto que ambas manifestaciones no se pueden entender si no es a través de sus relaciones con la música.

Ahora que celebramos el centenario del P. Donostia, bueno será recordar aquella frase suya de que «para conocer al vasco y conocerlo bien, hay que examinar su canción». Porque, querámoslo o no, la verdadera música popular ha vivido refugiada en el mundo rural. El examen de la misma nos pone en conexión con toda una serie de creencias y leyendas que configuran una buena parte del mundo mitológico vasco.

Que la música ha estado presente en el desarrollo cultural del hombre vasco, casi desde las primeras etapas de su aparición como grupo étnico bien definido, parece evidente. El hallazgo de un txistu rudimentario en la caverna de Isturiz por Passemar, a principios de este siglo, en estratos pertenecientes al mesolítico, con un fondo mitológico de figuras rupestres representando caballos, bisontes, ciervos y otros animales grabados en las paredes de sus galerías, nos habla ya de la intensidad y antigüedad de estas relaciones.

Si como ha dicho Barandiarán, «el vasco habla todavía el idioma que ha servido para expresar sus antiguas concepciones religiosas; emplea nombres de divinidades precristianas, y puede decirse que el lenguaje popular se halla matizado de numerosas reminiscencias míticas que el tiempo no ha podido borrar», otro tanto creo que podemos decir de sus canciones y de algunas de sus danzas.

Mucho de lo que hoy sabemos a cerca de los ritos y ceremonias que giran en torno a los solsticios de verano e invierno, así como los mitos relacionados con éstos dos importantes ciclos anuales, se halla reflejado en los distintos cantos rituales que han sido estudiados durante estos últimos años. Toda la magia del fuego de San Juan, de las aguas y de los vegetales, relacionado con el solsticio de verano, ha dado lugar a un rico muestrario recogido en diferentes Cancioneros, que nos habla de las virtudes mágicas que adquieren los elementos de la naturaleza en esa fecha. Algunas de estas canciones nos traen a la memoria imágenes de antiguos ritos agrarios de fertilidad, como el canto entonado por las mujeres de Urdiain, recogido por Satrustegui, una de cuyas estrofas dice: «Orai arte belar, hemendik aurrera gari» (hasta ahora hierba, trigo en adelante).

Precediendo en el ritmo anual al solsticio de verano tenemos la fiesta de los Mayos, relacionada con los antiguos ritos de primavera que celebraban el renacer de la naturaleza. Acompañando a las enramadas y otros actos que constituían el ritual de la misma, grupos de jóvenes recorrían el pueblo entonando canciones que tenían el carácter de cuestación. El examen de estas canciones, así como el análisis del cortejo de signos simbólicos que enriquecen la fiesta, es una llave para penetrar en su significado.

Algunas de las canciones de cuestación, vinculadas al solsticio de invierno, hacen referencia a mitos solares como el del «Olentzero», extendido a una parte del País Vasco.

Los cantos rituales del agua, «Urtararats» o «Agua nueva», de la media noche de Año Viejo, «Urtezar», conservados en la Barranca de Navarra, lo mismo que algunas canciones de Gabón (Navidad), rememoran primitivos ritos de paso, restos de antiguas costumbres gentilicias que el cristianismo ha sabido respetarlas incorporándolas a su liturgia.

Para algunos estudiosos, entre ellos Lekuona, la famosa letanía medieval «Ez dok amairu», a pesar del indiscutible carácter religioso que hoy posee, quizás sea en sus orígenes un cantar supersticioso, heredado de muy antiguo y posteriormente arreglado por manos eclesiásticas.

Otro tipo de canción que ha llegado intacta hasta nosotros, con una innegable carga de saber mágico, son las canciones enumerativas en las que la enumeración es invertida, radicando en esto su originalidad y oscuro carácter mítico. A menudo son largas listas de objetos que se repiten al revés. Se han empleado sobre todo por los «ziñatzallek» o ensalmadores, como fórmulas de encantamiento, en la curación de determinadas enfermedades, tanto del ganado como de las personas.

Por otra parte, determinadas canciones revelan la presencia en el pueblo vasco de un pasado animista, en virtud del cual se atribuye a las plantas y árboles una particular disposición o actitud. En algunas zonas del valle del Baztán, en Navarra, ha sido costumbre sembrar el perejil cantando, ya que de lo contrario no se desarrollaba ni crecía bien esta planta. Todavía en nuestra época se ha compuesto música que expresa este sentimiento vasco por el culto a los árboles o dendolatría. La expresión más moderna y actualizada de esto que aquí digo es el «Gernikako arbola» de Iparragirre, en el que el roble o «aritz», enraizado en la base de los antiguos cultos pirenaicos, trasciende el campo de lo púramente mitológico para convertirse en todo un símbolo de la vida colectiva vasca.

Incluso algo que en principio puede parecernos un poco alejado del tema que aquí planteo, la mitología en este caso, parece adivinarse, más o menos oculta, en algunas canciones populares infantiles. Como ha señalado el P. Donostia, «muchas veces son restos, girones, que sobreviven de prácticas de encantación, cuyo sentido primitivo se ha perdido». Una antigua canción de cuna de Hazparren menciona a esos pequeños genios mitológicos que son los «mamur» o «mamurrak», aunque allí, por influencia bearnesa, les llaman «marmau». «Gure etxian da lu marmau» (en nuestra casa está el duende), dice una de las estrofas de esta vieja canción labortana destinada a facilitar el sueño de los pequeños. En otra canción infantil, baztanesa en este caso, aparece un personaje llamado «Marcolain». «Marcolaingo zorrúa, ure bera iyoa» (El saco de Marcolain, se va con el agua que corre), cantan los niños en uno de los versos. Este «Marcolain» nos recuerda al de «Marcola», peña de Cenarruza citada por Barandiarán en su *Mitología*.

Otras veces no son la música o la canción, como tales, quienes llevan en sí contenidos más o menos mitológicos, sino que va a ser el simple empleo de un determinado instrumento musical, la mayoría de las veces muy simple y rudimentario; puede ser el sonido emitido por una campana o por un modesto cencerro, el portador de estos poderes o fuerzas mágicas. En muchos lugares del País Vasco el tañido del cencerro ha servido para ahuyentar a genios como «Aidegaxto» y otros malos espíritus. En otros casos este sonido actúa de agente protector frente a los fenómenos de la naturaleza personificados en «Odei», genio de las tormentas y de las tempestades. Los repiques de campanas de la noche de Santa Agueda se creía que servían para ahuyentar a las brujas, según nos cuenta Martín de Andosilla en su obra *De Superstitionibus*, publicada en 1510. Algunos de estos repiques de campanas, realizados durante el solsticio de verano, se han utilizado para estimular los «espíritus vegetales» y facilitar el crecimiento de determinadas plantas, como los helechos que hasta hace unos años se cortaban en nuestros montes.

Hay casos en que el matiz y la intensidad del sonido emitido por la campana puede estar relacionado con la llegada de un número o genio. «Erio», personificación de la muerte en la mitología vasca, se dice que presagia y anuncia su proximidad de esta manera.

En ocasiones no es necesario que el instrumento suene, bastando la presencia del mismo para evitar el ojo o «beguizko». En definitiva, pasan a ser simples amuletos, como sucede con las pequeñas campanillas que solían adornar los vistosos frontales de los yugos de bueyes, o las que acostumbraban coser en la fajas que envolvían a los niños de pecho. El mismo carácter de amuleto asigna Barandiarán a los cascabeles que llevan prendidos los ezpatadantzaris vizcaínos en los galones de sus pantalones blancos.

También el txistu y el tamboril, los dos instrumentos musicales más identificados con el pueblo vasco, han participado de estos contenidos mágicos en señaladas circunstancias. Hecho por otra parte común a otras culturas. Mircea Eliade en sus estudios sobre el chamanismo en el Asia central, menciona la participación del tamboril, asociado a la danza, en ceremonias y actos rituales. Otro tanto, en este caso referido a la Europa Occidental, nos cuenta Margaret A. Murray. Al estudiar los expedientes sobre brujería abiertos en el País Vasco, es frecuente encontrar el tamboril y por lo tanto su música, participando en los akelarres. Las brujas del valle de Araiz, en 1595, aparecen danzando al compás de su sonido y del rabel. En el proceso a las brujas de Fuenterrabía, en 1611, se nos dice que una de ellas, Inexa de Gaxen, tocaba un «tambolin». Según los relatos de P. de Lancre todas las reuniones de brujas eran amenizadas con música de txistu y tamboril, además de algún otro instrumento. Un investigador de estos temas como es Florencio Idoate, tiene recogidas muchas pruebas de lo que aquí se dice.

Pero donde de verdad adivinamos una relación entre la música y los antiguos cultos agrarios es cuando ésta va unida a la danza, en especial hoy en que todo parece indicar el origen religioso de muchas danzas, en estrecha conexión con los ciclos agrícolas, al margen del aspecto lúdico que indudablemente encierran. El P. Donostia nos habla de una vieja leyenda bearnesa según la cual Adan y Eva ya dibujaron en el Paraíso el primer paso de danza vasca. Dejando al lado este tipo de leyendas, lo cierto es que entre nosotros, algunas veces han estado relacionadas las danzas con determinadas festividades religiosas, como la del Corpus. En estas danzas tomaba parte, no siempre, el propio sacerdote del lugar, en particular en algunos pequeños municipios de la Baja Navarra. También Larramendi e Iztueta indicaron en su tiempo el carácter ritual de muchos bailes vascos y la participación en los mismos de autoridades y representantes de los diferentes estamentos sociales.

Caro Baroja, que ha estudiado con particular detenimiento algunas de ellas, apunta el carácter de rito de expulsión de males, sin especificar cuales, que tiene la parte final de la «jorrai-dantza», danza agrícola descrita por Iztueta en su libro; idéntico significado halla para la «makil-dantza», mientras que en la danza de Otxagavía, el personaje bifronte que aparece en ella, «zaguia», actuaría de emisario de males, entre ellos el espíritu que personifica el hambre. Este papel de emisario de males de la comunidad le asigna, también, a «Miel Otxin», el gigante que baila en el Carnaval de Lanz.

Símbolos anímicos, difíciles de precisar hoy, dada la antigüedad de estos mitos, se han querido ver en otras figuras danzantes como el «Zamalzain» de las mascaradas suletinas, o el «Xaldiko» de Lanz. Tema difícil y controvertido que ha llevado a opiniones dispares. Para la investigadora inglesa Violet Alferd, tanto el «Zamalzain» como el «Xaldiko» serían la personificación de «espíritus vegetales», concretamente del «espíritu de la abundancia», en el marco de los antiguos ritos de primavera.

Ciertas danzas de tipo individual, entre ellas la «Kaxarranka» de Lekeitio, han tenido en el pasado una significación distinta al actual, más ritual si se quiere. El personaje que baila encima del arca, vestía en otras épocas de forma diferente, llevaba ropas que le conferían aspecto sacerdotal y bendecía las aguas.

Las mismas danzas armadas, la ezpatadantza es una de ellas, no siempre han tenido un sentido guerrero. Hoy muchos antropólogos, entre ellos Frazer por citar alguno ajeno al País Vasco, ven en ellas ritos y ceremonias destinadas a estimular el desarrollo de las plantas, aplacar los fenómenos de la naturaleza, impulsar la fertilidad, ahuyentar los malos espíritus, etc.

A través de esta rápida exposición, condicionada por los límites de tiempo y brevedad de materia que siempre impone este tipo de trabajos, espero haber transmitido, en síntesis, el sentido de la misma: apuntar y poner de manifiesto la riqueza de materiales mitológicos que alberga y oculta en su seno la música popular vasca.

## BIBLIOGRAFIA

- ALFORD, V. «Las mascaradas de Zuberóa»; *R.I.E.V.* XXII; San Sebastián, 1931.
- ANUARIO de *Eusko Folklore*, Volúmenes II y XII; Vitoria, 1924 y 1932.
- AZKUE, R.M. *Euskalerrriaren Yakintza*, 4 volúmenes; Madrid, 1959.
- BARANDIARAN, J.M. de *Obras Completas*, volumen 1; Bilbao, 1972.
- CARO BAROJA, J. *Baile, familia y trabajo*; San Sebastian, 1976.
- P. DONOSTIA *Obras Completas*; Ed. «La Gran Enciclopedia Vasca»; Bilbao, 1983-1985.
- ELIADE, M. *El Chamanismo*; México, 1960.
- GOIKOETXEA MARCAIDA, A. *Capítulos de la medicina popular vasca*; Salamanca, 1983.
- HAMEL, F. y HURLIMANN, M. *Enciclopedia de la música*; Barcelona, 1970.
- IDOATE, F. *La Brujería*; Temas de cultura popular; Pamplona s.a.
- IZTUETA, J.I. *Gipuzkoako Dantzak*; Ed. «La Gran Enciclopedia Vasca»; Bilbao, 1968.
- LARRAMENDI, M. de *Corografía de Guipúzcoa*; San Sebastián, 1969.
- MURRAY, M.A. *El culto de la brujería en la Europa Occidental*; Barcelona, 1978.
- SATRUSTEGUI, J.M. *Mitos y Creencias*; San Sebastián, 1980.